

De alma ácrata

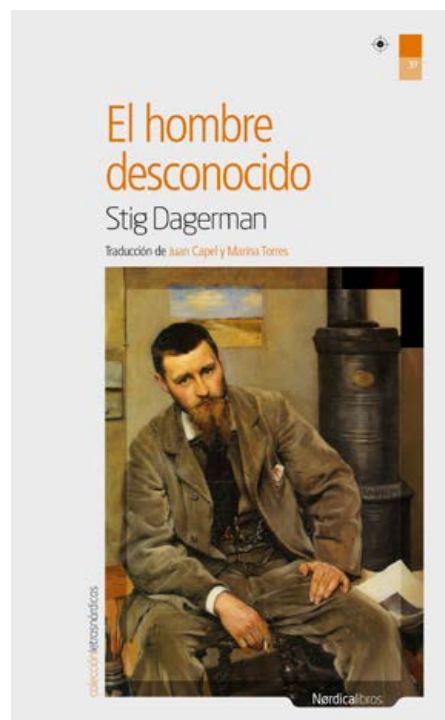
Robert Saladrigas

Dagerman, como Söderberg y Strindberg, logra transformar el desapego a la vida y al mundo frío y oscuro del norte en literatura universal

El escalofrío es inevitable cuando uno abre el volumen que luce en portada este título, *El hombre desconocido*, y se encuentra en el prólogo escrito por el antólogo y traductor Juan Capel con el primer impacto: “Stig Dagerman murió una mañana de noviembre de 1954. Se encerró en el garaje de su casa, arrancó el motor del coche y esperó a que los gases tóxicos hicieran el resto. Tenía treinta y un años y ponía fin así a una brillante y meteórica carrera literaria.” Stig Dagerman había nacido en 1923 en la Suecia rural, luego se instaló definitivamente en Estocolmo, ejerció el periodismo y fue anarquista. Para qué saber más cuando no se han leído dos de sus novelas traducidas hace bastante tiempo, *Gato escaldado* y *La serpiente*, pero ahora se tiene a mano un libro que contiene una amplia selección -veintiséis- de los cuentos que escribió entre 1944 y el año de su muerte; algunos de ellos aparecidos más tarde.

Pienso, con franqueza, que merece la pena dejarse guiar por el instinto e ir descubriendo que varios de los cuentos recogidos en *El hombre desconocido* —incluido el que presta su título al libro— son excepcionales. Los hay que para mí gusto son casi insuperables. Ni más ni menos. Sin querer influir en quienes me leen -lo apasionante es que cada cual asuma sus riesgos y exprima el placer de sus propios hallazgos- creo que una de esas piezas valiosas, admirable por su manera de administrar la dramática complejidad de la historia por otra parte tan bergmaniana, es *La sorpresa* (1948), el relato de una joven viuda

y su hijo convocados a la casa rural del abuelo paterno en ocasión de su setenta aniversario para mostrarles un brutal e injustificado desdén cuyo origen sólo podemos intuir.



Otra pieza que brilla con luz propia, tan magistral de concepto como deslumbrante en su desarrollo, es *Juegos nocturnos*, de nuevo protagonizada por un niño que sueña con hacerse invisible para liberarse de una situación familiar descontrolada que amenaza su equilibrio. Es difícil no imaginar huellas de la autobiografía de Dagerman en estos cuentos. ¿Cómo debió ser? A tenor de lo que dejó escrito. un hombre acosado por la ansiedad, el miedo, el aislamiento, la solidaridad con los que luchan en defensa de sus ideas —vean su preocupación (Érase una vez *un mayo*, 1944) por las derivas de la guerra

civil española—, en contraste con su visión ácrata de un mundo en crisis que día tras día se le vuelve inhabitable, le va minando por dentro y por fin consigue vaciarse en un cuento que es una síntesis de su condición de hombre y artista capaz de convertir el dolor en palabras: *Nuestra necesidad de consuelo es insaciable* (1952), escrito cuando faltan dos años para su muerte.

Mientras me introducía en otros relatos, así *El viaje del sábado*, *Agua-nieve*, *El hombre que no quiso llorar* o el desasosegante *Un invierno en Belleville*, no todos de la misma exigencia, me daba cuenta de que en todos ellos y de principio a fin hay algo, un algo emotivo, indefinible, en la fibrosa, intensa y convincente narrativa de Dagerman, en su forma tan personal de transformar el desapego a la vida y al mundo frío y oscuro del norte en literatura de calado universal, que me transporta al cosmos del narrador también sueco Hjalmar Söderberg y sus dos estupendas novelas casi recién descubiertas, *Doctor Glas* y *El juego serio*, que a su vez remiten —sin margen de duda— a la vena fatalista del gran referente nórdico, el atormentado, misógino y excesivo August Strindberg.

Ahora, al llegar aquí, advierto que curiosamente los tres expressionistas —junto con el noruego Ibsen— tienen además en común lo que es maravilloso: su obra sigue viva y va creciendo con el tiempo. En este sentido la narrativa dramática de Stig Dagerman, interrumpida demasiado pronto, es la de un contemporáneo que ha alcanzado por sí misma la madurez. Así es como la veo.